

estudiaban y trabajaban; el soldado era bueno, el material de guerra excelente y los gobiernos no regateaban la adquisición de nuevos medios de defensa.

— Nosotros — continuó — no soñamos con guerras, pero debemos ponernos en condiciones de guardar nuestra riqueza.

Es verdad: los pueblos ricos, si no son fuertes, corren mayores peligros que los pobres y humildes. La vida moderna, á pesar de su cultura, no es más que una lucha por la adquisición del bienestar ajeno: rapiña y violencia. La vaca fecunda y el montón rutilante de trigo, grandes riquezas de la Argentina, necesitan junto á ellas el fusil y el cañón, que evitan malas tentaciones.

El ejército permanente en tiempo de paz consta de 20 batallones de infantería, 9 regimientos de caballería, 5 regimientos de artillería montada, 2 grupos de artillería de montaña (situados en Salta y en Mendoza), una batería de ametralladoras, 5 batallones de ingenieros, un batallón de ferrocarrileros y 5 compañías del tren. Además, existen cuerpos de reserva para caso de guerra. Algunas provincias tienen fuerzas armadas de bastante consideración, que dependen de los gobernadores y están compuestas de soldados aguerridos mandados por oficiales de experiencia.

Con el deseo de que el militar, aunque viva en tiempo de paz, sea un hombre de aire libre, bien acostumbrado á los ejercicios físicos y á dominar la fatiga, se ha hecho de cada cuerpo una escuela de aplicación, que trabaja incesantemente á campo raso, ó se ejercita en el tiro. Crear excelentes tiradores es el deseo de los que dirigen el ejército, y como el tiempo que el soldado permanece en filas no basta las más de las veces para adquirir esta destreza, el Gobierno favorece la creación de sociedades populares de tiro.

En Buenos Aires y muchas ciudades de provincias existen grandes polígonos donde la



BUENOS AIRES. TIRO FEDERAL

juventud, bajo la dirección de oficiales instructores, se ejercita en el manejo de las armas de fuego. Los que al ingresar en las filas pueden exhibir una nota oficial que acredite su asistencia al polígono y su habilidad de tirador, gozan de ciertas ventajas. La concurrencia á los Tiros Nacionales es grande. Se calcula en unos 150.000 los tiradores que asisten á ellos: reservistas, estudiantes, guardias nacionales. Se ha creado una «libreta de tiro escolar», y los jóvenes que consiguen notas aprobatorias del instructor pueden ser oficiales de la reserva. En muchas escuelas superiores de agricultura, ingeniería y otras, existe una Academia de tiro, bajo la dirección de un oficial. En los Colegios Nacionales hay siempre algunos fusiles Mäuser, que sirven para que los pequeños alumnos empiecen á familiarizarse con el manejo de las diversas piezas de esta arma. Los concursos

de tiro organizados por el ministerio de la Guerra para los reservistas, son bastante frecuentes. Hay año en que se celebran más de cincuenta, asistiendo á ellos miles de tiradores. Al mismo tiempo se trabaja en dotar de polígonos á todos los distritos de reclutamiento y movilización en que se divide la República. El ideal es llegar á que en las provincias más pobladas sólo exista una distancia de 20 kilómetros entre los campos de tiro.

*Si vis pacem para bellum:* tal es la divisa del Gobierno argentino en sus esfuerzos por la organización militar. Esta, aunque muy adelantada, es relativamente moderna.

Luego que San Martín, instructor incansable, formó los primeros cuerpos del ejército argentino, transcurrieron largos años sin adelantar ésto gran cosa. La campaña de Alvear contra el Brasil fué el último chispazo de gloria de aquellos batallones. Después, con el caudillaje y las guerras civiles, desapareció todo vestigio de arte militar y disciplina táctica. Los combatientes eran tan valerosos como bárbaros. Cuanto más ignorante y obtuso aparecía un caudillo, más alto sonaba su nombre. No se comprendía el militar sin ser jinete. Todas las tropas eran de caballería. Las batallas consistían en cargas incesantes, en choques sin orden, saliendo victorioso el que acometía con mayor empuje. Estos centauros de chiripá y bota de potro sentían poca inclinación hacia las

armas de fuego. Gustaban de batirse cuerpo á cuerpo, con la lanza y el cuchillo. Cuando más, se valían del lazo ó las bolas para atacar á cierta distancia.

En medio de este salvajismo triunfante, los guerreros profesionales, los jefes que se atrevían á hablar de reglas del arte militar, hacían reír á los gauchos. Buen caballo, lanza dura, brazo fuerte y animoso corazón: esto era lo importante para los directores de aquellas guerras, muchos de los cuales no sabían leer y escribir.

El general Paz, sabio y experimentado táctico que tanto se había distinguido en Ituizangó, provocaba las burlas crueles del gauchaje. Para mofarse de su ciencia recordaban que en una acción lo habían hecho prisionero echándole un lazo y arrastrándolo lejos de los suyos. ¿De qué le habían servido sus libros y mapas? . . .

Rosas, siempre astuto, estaba lejos de participar de las groseras opiniones de sus amigos. Fingía entusiasmo por las hazañas del jinete bárbaro; pero deseoso de tener un ejército mo-



BUENOS AIRES. ESCUELA NAVAL



derno, iba haciendo desmontar á sus gauchos, cautelosamente, para formar con ellos batallones de infantería. Hubo en aquella época revistas de ejércitos de provincias en las que desfilaron 14.000 jinetes con sólo dos compañías de á pie y ni un solo cañón.

En sus últimos años de tiranía alcanzó Rosas á organizar buenas tropas modernas, que acabaron en Monte Caseros. Durante el Gobierno de la Confederación se creó en tiempo de Derqui el ministerio de Guerra y Marina, siendo su primer ministro el hoy general Don Benjamín Victoria. Luego, con motivo de la guerra del Paraguay, el presidente Mitre, excelente artillero, reorganizó el ejército, echando las bases del que existe actualmente.

Durante el Gobierno de Figueroa Alcorta, la institución armada ha sido modificada y aumentada por los ministros de la Guerra. Una nación como la Argentina contaba únicamente con un efectivo de 8 ó 9.000 hombres, á los que podía unirse la Guardia nacional en caso de guerra, sin más instrucción que la rudimentaria adquirida en los días de fiesta. No era posible que esta República importante siguiese confiada á elementos de defensa tan problemáticos. El Gobierno actual dobló el efectivo en tiempo de paz, que es hoy de 16 á 18.000 hombres. Además se ha organizado una reserva territorial que puede prestar servicio al estallar una guerra, sin pasar por aceleradas improvisaciones. La organización llamada de primera línea pone en actividad, en los primeros momentos de peligro, hasta 300.000 hombres. Este efectivo es capaz de llegar, en un caso extremo, á 600.000 hombres.

Actualmente ocupa el ministerio de la Guerra el teniente general Don Eduardo Racedo, militar experimentado, de brillante historia, extensa cultura y gran afición al estudio.

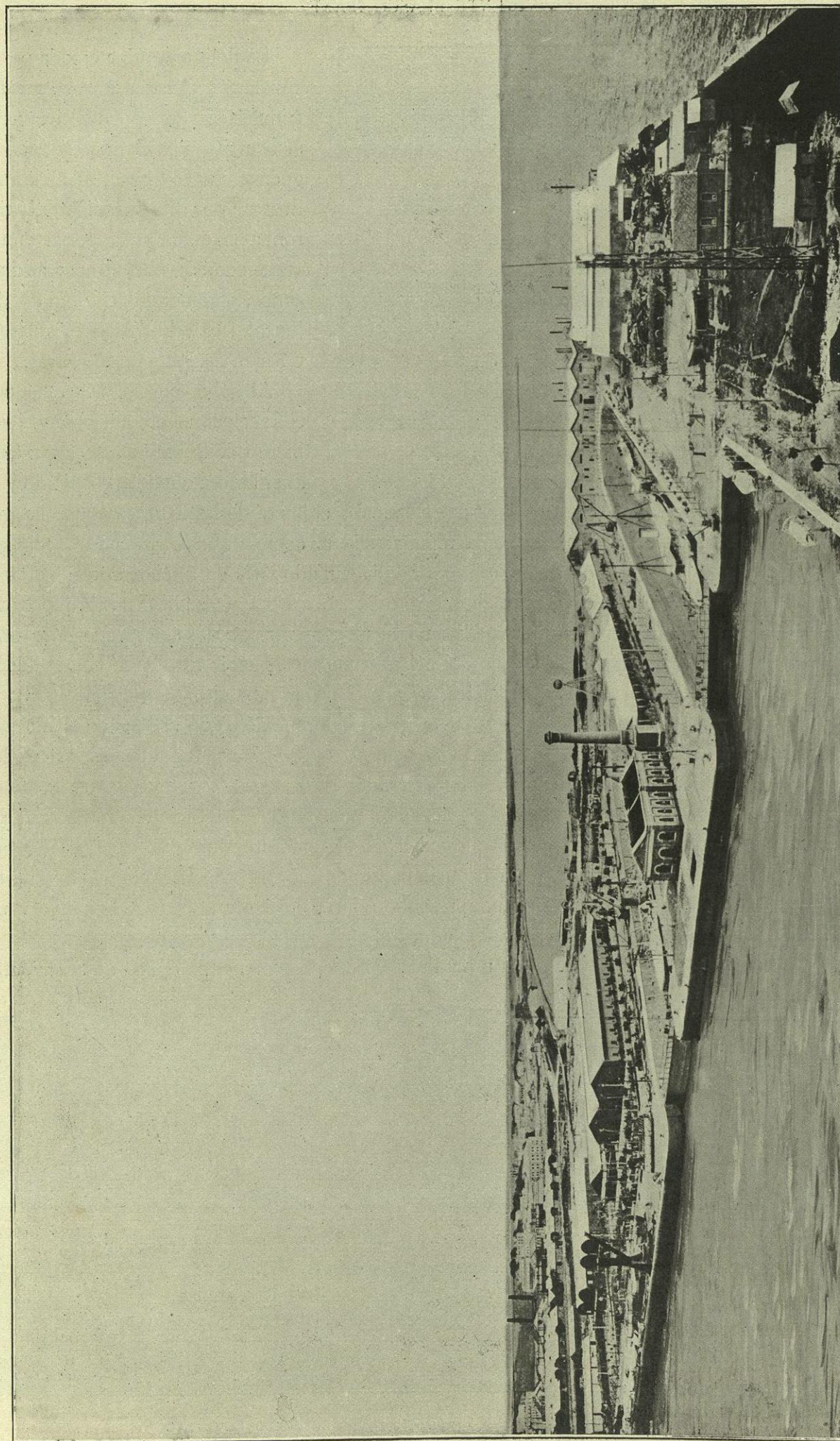
\* \* \*

Cuando en 1812 la escuadrilla española mandada por Romarate bloqueaba á Buenos Aires, fué un español adicto á la revolución, Don Juan Larrea, vocal de la Junta de Mayo de 1810 y ministro de Hacienda del primer Directorio, el que discurrió crear una flota argentina para oponerla á los buques de la Real Armada.

El Gobierno revolucionario había contado en el primer momento con una escuadra fluvial: la que mandaba el infortunado y valeroso Don Juan Bautista Azopardo, vencido frente á San Nicolás en 1811 y deportado á Ceuta, de donde le sacó á los nueve años la sublevación liberal de Riego. Como después de este descalabro, los grandes ríos argentinos y la salida al mar habían quedado en poder de los realistas, Larrea se esforzó por decidir á sus compañeros de Gobierno á favor de la creación de una gran escuadra.

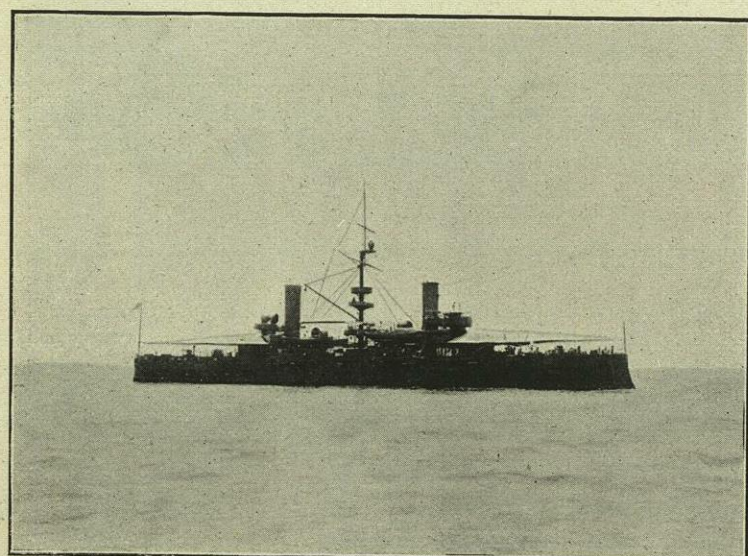
Tiempos de penuria eran aquellos. Carecía el Gobierno de lo más necesario para atender á la defensa de la tierra, y no podía lanzarse á improvisar una flota. Pero Larrea, con su habilidad comercial, buscó fondos, dedicó generosamente á esta empresa su actividad y su fortuna, y en 1814 el Gobierno revolucionario pudo ver ondear la bandera azul y blanca en los topes de varios buques, mandados por el inglés Guillermo Brown, que tan famoso había de hacer su nombre como primer almirante argentino. Tal fué la obra de Larrea. Y como dice Ramos Mejía, «¡no hay en la armada nacional una lancha siquiera que lleve su nombre!»

La nueva escuadra tomó inmediatamente la isla de Martín García, batió á los buques de Romarate frente á Montevideo y aseguró á los revolucionarios el dominio del río de la Plata. Luego Brown pasó al Pacífico, batiéndose en toda su extensión hasta Guayaquil, mientras el corsario Hipólito Bouchard, que se había estrenado como marino en la derrota de San Nicolás, daba la vuelta al mundo en la fragata *La Argentina*, luchando en todos los mares y realizando un sinnúmero de hazañas, que parecen novelescas por lo extraordinarias.



TALLERES DE LA MARINA EN EL RÍO DE LA PLATA





CRUCERO ACORAZADO «GENERAL SAN MARTÍN»

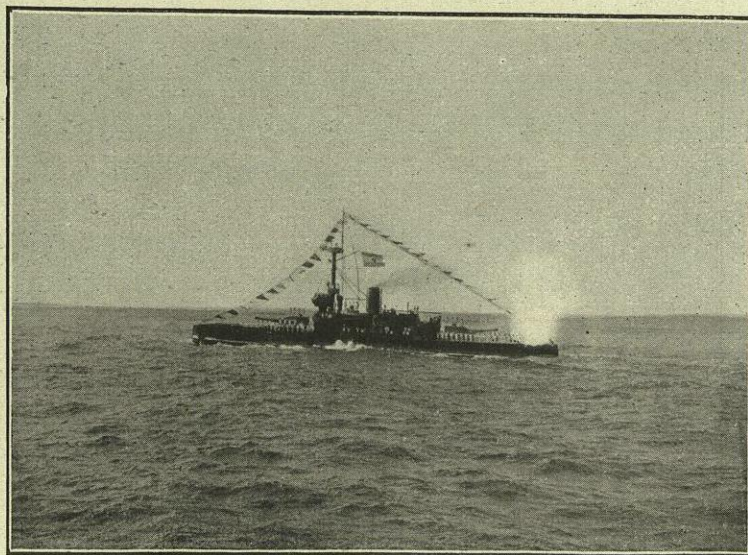
La flota argentina creada por la revolución todavía alcanzó nuevos triunfos. En tiempo de Rivadavia, al ocurrir en la Banda Oriental la guerra con el Brasil, el almirante Brown y sus bravos tenientes batieron á la escuadra imperial tantas veces como la encontraron á su alcance, obteniendo las victorias del Juncal, Los Pozos, Monte Santiago, Carmen de Patagones y otras.

Al sobrevenir la anarquía con el fraccionamiento nacional y el gobierno de los caudillos, esta escuadra gloriosa quedó en el olvido y se deshizo poco á poco. El país no tuvo marina. Dominaba el jinete de las llanuras: todos los gobernantes eran de á caballo y sentían una repugnancia invencible al mar. Facundo Quiroga, el «Tigre de los llanos», el alanceador sin misericordia, cuando vivía en Buenos Aires, bajó tres mañanas seguidas á la orilla del río, con el propósito de embarcarse y visitar al proscrito Rivadavia, que estaba en un buque á la vista de la ciudad, sin conseguir que las autoridades le permitiesen bajar á tierra. El gaucho feroz, hijo del peligro, que jamás había tropezado con el miedo en sus destructoras cabalgadas por la llanura, miraba el río, miraba el buque lejano, miraba la inquieta lancha balanceándose junto á sus pies, y tras larga reflexión, volvíase á su alojamiento.

Durante largos años sólo tuvo la nación argentina algunos barquitos fluviales, mandados por patronos al servicio del Gobierno. Cuando, después de Caseros, los gobernantes de Buenos Aires se apartaron de la Confederación, iniciando una serie de hostilidades, reunieron una escuadrilla de vapores, mandada por el que fué luego el almirante Murature, experto marino. La disciplina en estos buques de tripulación improvisada fué muy floja. Frente á Paraná se sublevó la marinería del vapor almirante, apresando é hiriendo á Murature y asesinando á un hijo suyo, que era el segundo jefe de la escuadra.

La reorganización verdadera de la armada argentina comenzó en la época de Sarmiento. Este presidente adquirió buques y fundó la Escuela Naval, evitando para siempre el peligro de improvisar escuadras con tripulaciones reunidas al azar.

Desde los tiempos de la Confederación, en que el general Victorica organizó el primer ministerio de Guerra y Marina en forma estable y moderna, hasta hace pocos años, los servicios militares de tierra y de mar estuvieron reunidos bajo una dirección única. El ministerio de Marina, funcionando aparte y con absoluta independencia,



ACORAZADO «LIBERTAD»

La flota argentina creada por la revolución todavía alcanzó nuevos triunfos. En tiempo de Rivadavia, al ocurrir en la Banda Oriental la guerra con el Brasil, el almirante Brown y sus bravos tenientes batieron á la escuadra imperial tantas veces como la encontraron á su alcance, obteniendo las victorias del Juncal, Los Pozos, Monte Santiago, Carmen de Patagones y otras.

Al sobrevenir la anarquía con el fraccionamiento nacional y el gobierno de los caudillos, esta escuadra gloriosa quedó en el olvido y se



MARINA ARGENTINA - TELÉGRAFO DE BANDERAS